

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

9. Las manos de la fe

Tener manos es algo exclusivo del hombre. Los animales no las tienen: tienen patas para desplazarse, como los mamíferos, en su mayoría cuadrúpedos, o gozan de cien pies, como ese pequeño insecto, o de patas y alas para volar, o bien carecen de extremidades y se mueven arrastrándose, como las serpientes... Solo el hombre tiene manos. Al poder caminar como un bípedo, sobre sus pies, no usa las extremidades delanteras para trotar, ni para apoyarse en las lianas, como los monos. Camina erguido y, por eso, tiene las manos libres: tiene brazos y manos en vez de patas y pezuñas. Los ángeles, seres estupendos, no gozan de este magnífico invento divino que es la mano.

De sobra sabemos lo que valen nuestras manos y cada uno de sus dedos, que nos permiten acariciar la realidad, tocarla, cogerla, modelarla... Su presencia en nuestras conversaciones es constante. Algunas cosas las sabemos *de primera mano* porque hemos sido testigos de ello (lo hemos visto y tocado); en ocasiones una visita al rastro nos permite comprar cosas *de segunda mano* (que otro ya ha tocado antes). Hay quien tiene *mano de santo* para algunos negocios, otros tienen *mano dura* o *mano larga*; los hay que *abren la mano* y son más benévulos, y otros que tienen más bien *manos de mantequilla*... Las expresiones que se refieren a la mano en el lenguaje cotidiano son variadísimas y no es este el lugar para desentrañarlas. Pero, ya que estamos *con las manos en la masa*, señalemos alguna más. Nos importa mucho, por ejemplo, que nuestros hijos estén *en buenas manos*, y no anden *dejados de la mano de Dios*. Junto a la mano de obra, esencial en la empresa, sabemos que hay también manos ocultas que mueven los hilos de manera invisible. En cualquier caso, siempre agradecemos que alguien nos eche una mano, aunque, como somos agradecidos, cuando nos da la mano no le cogemos el brazo. Y por supuesto, tenemos ahora el “manos libres”, esencial para poder hablar mientras conducimos.

a. Una imagen, una pregunta

Solo el hombre ha recibido el incalculable tesoro de las manos. No las tienen ni los ángeles ni las bestias. Pero como no queremos hacer un tratado sobre la mano sino profundizar en lo que esta significa para nuestra vida de fe, nos centraremos en dos significados propios de la mano. A partir de ellos, podremos entender qué significa creer y porqué la fe tiene manos.

En primer lugar, la mano – a diferencia de la pata o la pezuña – nos permite tocar la realidad de un modo especial: podemos acariciarla, conocer su textura y comprenderla. Entre las personas, la mano es un indicador de confianza e intimidad. El apretón de manos entre dos amigos o con el cliente al cerrar una venta manifiesta cordialidad, seguridad de que el pacto de colaboración se cumplirá.

¿Y la fe? ¿Cómo nos permite tocar la realidad y confiar en las personas? Para entender este toque de la fe será necesario considerar antes cómo Dios nos toca y nos hace capaces de tocar a otros

en nuestra vida. Las manos de la fe son, en primer lugar, las de Dios que nos toca a través de tantos aliados; así, como consecuencia de esto, las nuestras quedan preparadas para llevar a otros su toque delicado.

En segundo lugar, y como realidad más evidente, la mano es sinónimo de las propias obras. Al toque de Dios, le sucede el nuestro, que pasa por todas nuestras obras y omisiones. Nuestra mano no es un mero instrumento, como el martillo, el bolígrafo o el rastrillo, sino que nos define íntimamente. Nadie acusará a la tiza del insulto escrito en la pizarra, sino a la mano, es decir, a la persona que lo hizo. Lo que hacemos con nuestras manos nos transforma: a través de ellas somos nuestros propios padres.

El que “tira la piedra y esconde la mano” pretende ocultar sus obras. Así por ejemplo, en el colegio nadie se hace responsable del cristal del comedor, roto por un balonazo. Queda solo, como prueba del delito, el balón asesino, lanzado por un niño, quizá por accidente: el que quiera recuperarlo deberá confesar su responsabilidad.

Hay quien lee la mano y desea descubrir en ella el carácter y el futuro de la persona. En la mano, piensa, está escrito el destino. Pero en verdad, lo que *está en nuestra mano* es el pasado y el presente: nuestras acciones. Como memoria viva, las manos testimonian quiénes somos y qué hemos hecho en nuestra vida: el oficio que hemos desempeñado, las heridas que hemos recibido... Así lo cuenta algún relato de mártires: en el pueblo era fácil conocer la identidad de cada uno a través de sus manos. Uno que llegaba de fuera podía reconocer las manos gruesas y sufridas del agricultor, las musculosas y recias del herrero, las estudiosas y serenas del maestro, las cálidas y madrugadoras del panadero, las piadosas y austeras del sacerdote... Así, el que, lleno de malas intenciones, buscaba al sacerdote que se había ocultado en el pueblo, podía reconocerlo con relativa facilidad... por sus manos.

Por sus manos los conoceréis. La mano y el rostro nos permiten reconocer la vida de una persona: su trabajo, sus *hobbies*, sus preocupaciones, sus gozos... Llena de angustia y remordimiento, lady Macbeth no dejará de mirar sus manos y descubrir en ellas la sangre de su crimen. Tomás, el incrédulo, contemplará también unas manos, y comprobará así la identidad del maestro, crucificado y resucitado.

La mano nos habla, por tanto, de las obras, de las acciones que nos van configurando interiormente. ¿Y la fe? ¿Tiene también manos que transforman la vida? ¿Cuáles son las obras que brotan de la fe? ¿Podemos vivir verdadera fe sin obras (una fe manca)? ¿Podemos obrar sin fe? Esta será nuestra segunda pregunta.

b. A la luz de la Escritura

La mano y el brazo son en la Escritura el signo de la acción y la fuerza. Si el brazo insiste en la dimensión de poder, la mano habla más de habilidad y posesión.

b.1. El brazo y la mano de Dios

Ante todo, tenemos las manos de Dios. Con ellas hizo el cielo y la tierra (cf. Is 66, 2), y modeló al primer hombre con el polvo del suelo (Gén 2,7). Pero Dios continúa esta obra cada día. Así como el barro está en manos del alfarero, así están todos los hombres en su mano (cf. Jer 18,6). De esta forma, las manos de Dios son como un recuerdo que le impiden arrepentirse de haber creado al hombre: son una llamada a su fidelidad: “Tus manos me modelaron e hicieron, ¿y ahora en un instante me destruyes?” (Job 10, 8).

En la Creación y en la historia de Israel, Dios actúa “con mano fuerte y brazo poderoso” (Dt 4,34; cf. Jer 32,17; Lc 1,51). Él hace lo que dice, de forma que, gracias a su mano, su palabra es eficaz (cf. Is 53, 1). Dios levanta también su mano para establecer un juramento: “Soy yo, solo yo,

no hay dios fuera de mí. Yo doy la muerte y la vida, yo hiero y yo curo, y no hay quien pueda librar de mi mano” (Dt 32,39). En otra ocasión, Dios descubre su santo brazo a los ojos de todos – se arremanga – y se prepara para actuar y traer la salvación a su pueblo (cf. Is 52,10).

La fuerza del brazo y de la mano de Dios se revela también como una protección. La “buena mano” del Señor acompaña al hombre en sus viajes (cf. Esd 7,9). A los que ama, Dios los esconde “en la sombra de su mano” (Is 49,2). En verdad, la suya no es una mano corta para salvar (cf. Is 50,2), sino que es capaz de alimentar a miles de personas en medio del desierto. A Moisés, que lo ponía en duda, el Señor le espeta: “¿Tan mezquina es la mano del Señor? Ahora verás si se cumple mi palabra o no” (Num 11, 23). Esta mano no solo protege sino que también envía para una misión. Sobre el profeta, por ejemplo, “se posa la mano del Señor” (Ez 1,3), que le comunica lo que debe decir. Y cuando nació san Juan Bautista, rodeado del misterioso silencio de su padre, Zacarías, todos se preguntaban: “¿Qué será este niño? Porque la mano del Señor estaba con él” (Lc 1,66).

Pero además de ser protección y envío, la mano del Señor puede ser también castigo que purifica. Cuando el pueblo peca, se enciende la ira del Señor, que extiende su mano y golpea a Israel (cf. Is 5,25; Heb 10,31). Es una mano que pesa día y noche sobre el hombre hasta que este reconoce su pecado (cf. Sal 32,4; Is 65,2; Rom 10,21).

b.2. El brazo y la mano del hombre

Si así son el brazo y la mano divinos, ¿cómo son los del hombre? Frente a Dios, que “encierra el viento en sus puños” (Prov 30,4), la mano del hombre es débil. Si Dios “ha medido el mar con el cuenco de sus manos y ha mensurado a palmos el cielo” (Is 40,12), el hombre no abarca más que un puñado de arena.

Si el brazo del hombre es vigoroso es porque Dios lo ciñe de valor: “Él me enseña un camino perfecto (...); adiestra mis manos para la guerra, y mis brazos para tensar la ballesta” (cf. Sal 18,35). Así, mientras que los grandes enemigos cuentan con brazos de carne, Israel cuenta con el Señor Dios, que lo ayuda en la batalla (cf. 2Cro 32,8).

La mano, por su parte, manifiesta los diversos movimientos del alma: el gozo del aplauso (cf. 2 Re 11,12), la angustia de las manos en la cabeza (Jer 2,37), la bendición de la mano extendida sobre la cabeza del hijo (cf. Gén 48,14), el juramento de la mano levantada (cf. Gén 14,22), o bien, las manos alzadas hacia el Señor pidiendo auxilio con voz suplicante (cf. Sal 28,2; 1 Tim 2,8).

Al ser las manos algo tan importante en la existencia del hombre, se entiende bien la necesidad de mantenerlas puras. “El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos ni jura con engaño, ese recibirá la bendición del Señor” (Sal 24,4). Sin embargo, ante el hipócrita y corrupto, Dios vuelve el rostro: “Cuando extendéis las manos me cubro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre” (Is 1,15).

Paso a paso, enseñanza a enseñanza, el pueblo irá aprendiendo que la purificación de las manos no es cuestión de grifo, jabón y toalla, sino de renovación del corazón: “Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros. Lavaos las manos, pecadores; purificad el corazón, los inconstantes” (Sant 4, 8).

b.3. El brazo y la mano de Dios hecho hombre

La mano de Dios y la del hombre se entrelazan en el corazón de María. En la Encarnación se manifiesta el misterio más admirable: Dios tiene corazón y manos de hombre. Son unas manos que se van formando en el seno materno y llegan a ser manos de niño que juegan y se juntan para rezar. Con ellas Jesús trabajará en la carpintería y ayudará a José y a María en las labores de casa. Serán las manos que más tarde tocarán y sanarán a leprosos y ciegos...; lavarán los pies de sus discípulos, partirán el pan y bendecirán el cáliz en la última cena. Al llegar la Hora, Jesús las juntará para rezar al Padre y las separarán para entregarse; serán atravesadas por dos gruesos clavos y acariciadas por

su madre al pie de la cruz. Finalmente, serán las manos que los discípulos contemplarán asombrados después de la Resurrección.

Como la de Dios en el Antiguo Testamento, la mano de Cristo también es todopoderosa (cf. Mc 6,2; Jn 10,28) y misericordiosa (cf. Mt 8,3; Jn 3,35). Su fuerza proviene de su unión con el Padre. Por eso, aunque va a la muerte, no teme por la suerte de sus ovejas, ya que “nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre” (Jn 10,29). Él mismo vivirá de la mano del Padre y al morir exclamará: “A tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46; cf. Sal 31,6; Hch 7, 59).

En estos momentos, Jesucristo “está sentado a la diestra del Padre” (cf. Hch 2, 33; Sal 118, 16). Frente a la mano izquierda (la “siniestra”), la derecha es habitualmente la más hábil y fuerte. Ella es la que, salvo en los zurdos, empuña la espada, el bolígrafo, el pincel o el destornillador. Jesús está precisamente junto a la mano potente y “diestra” del Padre (cf. Ex 15, 6; Sal 20, 7). Y, cuando venga para juzgar, Jesús nos sentará a su derecha (cf. Mt 25, 31-34). Allí lo vio san Esteban, el primer mártir, justo antes de ganar la vida (cf. Hch 7,55).

Después de Pentecostés, los apóstoles comenzaron la predicación del Evangelio. “La mano del Señor estaba con ellos”, y por eso mucha gente creía y se convertía (Hch 11, 21). A través de las manos de los apóstoles se realizaban muchos signos y prodigios (cf. Hch 5,12). Por la imposición de sus manos comunicaban el espíritu mismo de Dios, el Espíritu de Jesús (cf. Hch 19,6; 1 Tim 4,14).

c. Para dar vida en el mundo

La Sagrada Escritura comienza con la acción de Dios que, a través de sus manos y de su brazo poderoso, saca al hombre de la nada y lo llama a la amistad con Él.

c.1. El toque delicado de Dios

A través de la fe, Dios nos toca. Lo primero es su Amor creador: Dios nos *da* la mano, es decir, *crea* nuestra mano a través del amor de nuestros padres. La llamada de Dios crea al interlocutor: nos saca de la nada. A partir de ahí, como hizo con Israel, Dios nos *da* la mano, es decir, nos coge de la mano y nos conduce por el camino. Nos toca y nos llama a la alianza con Él. La fe es, por eso, respuesta de vida: ser tocado y dejarse tocar. Como nos decía Benedicto XVI en un texto fabuloso, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, 1).

Si Dios puede tocarme es porque, como sabemos, tiene “manos”: desde el principio de la Creación, actúa en la historia. San Ireneo decía que Dios Padre modeló al hombre con sus dos manos, es decir, con el Hijo y el Espíritu Santo. Con ellos formó cuanto existe, de forma especial al hombre, al que modeló de la arcilla. Pero como hemos visto, con la venida de Jesús se manifiesta algo nuevo: Dios tiene manos de hombre, manos que van formándose, que crecen y se transforman en el trabajo, manos con callos y heridas, capaces de acariciar pero también de despertarnos del sueño. El mismo Ireneo confesaba que Cristo trajo toda la novedad, no al traer nuevas doctrinas o leyes, sino al traerse a sí mismo. Ahora Dios tiene manos humanas y pasa por el mundo haciendo el bien.

Estas manos se prolongan en los sacramentos de la Iglesia (manos del sacerdote) y, más ampliamente, en las manos de cada cristiano. Así nos toca Dios, así entra en nuestra vida. Su presencia en nosotros, decía san Juan de la Cruz (en su *Llama de amor viva*), es un “toque delicado”, una “llaga regalada”: es una herida, un fuego abrasador, porque al tocarnos, nos “trastoca”, nos reorienta y regenera.

Dios entra en contacto con nosotros en nuestra familia. A través de nuestros padres, nos toma de la mano y nos conduce por el camino de la vida. Dar la mano es propio del niño que se deja llevar: “Dame la mano, que vamos a cruzar”. En nuestra vida, dar la mano comenzó siendo un acto de total confianza en nuestros padres y mayores. Para superar el miedo a las pesadillas pedíamos su

mano, y así nos dormíamos tranquilos. Y cuando veíamos a alguien desconocido o extraño nos apretábamos a su mano.

La fe es, por tanto, dejarse tocar por Dios, que tiene manos. A partir de ahí, podemos percibir mejor al otro, a aquel que Dios pone en nuestras manos: la fe nos hace capaces de tocar a los demás.

c.2. El tacto de la fe

Pensémoslo bien. Cuando damos la mano, o bien en una caricia o un abrazo, tocamos la piel del amado, pero en realidad nos damos cuenta de que el amado es siempre más grande. No podemos tocar o acariciar a un hijo o al esposo como tocamos una silla o una mesa, pues la persona nos desborda. No posamos nuestros dedos sobre unos centímetros cuadrados de piel: más bien tocamos un corazón, una intimidad de la que formamos parte. Al tocar al amado, nos tocamos a nosotros mismos.

De modo semejante, nuestra fe nos permite encontrarnos con el misterio de la vida de las personas. Pero ahora lo hacemos de un modo nuevo pues percibimos a Dios como el origen, el destino y el compañero de camino. Podemos así entrar en contacto con las personas de una forma más profunda. La fe nos da un tacto especial para comprender y cuidar nuestras relaciones personales. Gracias a ella podemos percibir la temperatura, suavidad, tensión, rugosidad y flexibilidad de esas amistades. Tenemos una ayuda para construir mejor la vida con nuestro cónyuge, nuestros hijos, padres, hermanos...

Pero todavía hay algo más grande. Desde la fe, por el don de la caridad, al tocar a las personas con nuestra palabra, sonrisa o perdón, tocamos de veras a Dios. Nuestro toque puede llegar al corazón del mismo Dios. Como el rey Midas transformaba en oro todo lo que tocaba, ahora por la fe nuestra mano puede transformar en divino lo que toca.

En realidad, esto no nos resulta fácil de comprender. Habitualmente pensamos en la fe como lo contrario al tacto. Creer en el más allá – pensamos – nos hace “espirituales”, invulnerables al sufrimiento del más acá. Benedicto XVI denunciaba esta deformación de la fe en su segunda encíclica, *Spe Salvi*: parecería que la certeza de la vida eterna nos hiciera inmutables a nuestra suerte en la “vida pasajera”. Ser creyente consistiría en poseer una coraza indestructible. Pero sabemos que no es así: la fe – la amistad con el Creador de todo – nos hace más cercanos a la realidad. No nos aleja, llevándonos a un refugio nuclear, sino que nos introduce más en las cosas y en las personas. No nos hace invulnerables ni tampoco nos sumerge en el emotivismo. Creer no nos hace de piedra ni de mantequilla, sino que nos da un tacto más delicado y más recio.

Entendemos así que la familia, escuela del tacto, juegue un papel decisivo en el aprendizaje de la fe. El hogar, lugar de comunicación de afectos, podría parecernos el ámbito del abrazo, la caricia, de lo cálido que nos permite dormir tranquilos... Y es cierto. Pero en la familia hay también un tacto que espabila: el del agua fría tonificante, el de la corrección paterna, el castigo, la disciplina, el servicio, la exigencia de más... Dios nos toca en el lugar donde aprendemos a tocar: en la familia. Su toque a través de nuestros padres, hermanos y abuelos nos permite ir aprendiendo que el corazón no vive de emociones, sino de afectos edificados sobre la exigencia y la fidelidad.

Este tacto se revela en la misión educadora. Ni los padres de familia ni los hermanos mayores son “babysitters”, niñeras que nos cuidan unas horas por un módico precio, y se contentan con “entretenernos” y que nos quedemos dormidos. Tampoco la Iglesia, nos decía hace unas semanas el papa Francisco, lo es. Vaya por delante que la labor de niñera es necesaria y muy valiosa, pero sirve para unas horas. La cuidadora es necesaria, pero ella no vela por el futuro, por el bien de la familia a largo plazo. Frente al “cortoplacismo” necesitamos una visión de nuestro amor de esposos y de nuestros hijos a largo plazo. ¿Qué será de este niño dentro de una década, cuando llegue a los quince o veinte años? ¿Le estoy preparando, introduciéndolo en un grupo de fe, rodeándolo de buenos

amigos y buenas familias, para ese momento? Son estas las preguntas propias de la fe, que no solo nos da tacto sino que nos pone en movimiento.

c.3. Las obras de la familia cristiana

Ya hemos visto que Dios nos toca en la familia. El hijo es objeto de atenciones y caricias; se le coge en brazos, después, cuando camina se le lleva de la mano. Pero llega un momento en la vida en el que, al cruzar la calle, el chaval ya no busca la mano de sus padres, sino la de su hermano pequeño al que acompañar en ese trance peligroso. Enseguida esa mano debe actuar y poner la mesa, hacer su cama, recoger su cuarto... Y muy pronto, antes de lo que nos pensamos, le llegará la hora del noviazgo, en el que se preparará para pedir la mano de la persona amada. Es el tiempo en el que las manos se unen durante un paseo, y se prepara el momento en el que se unirán para toda la vida.

El camino del noviazgo cambia de ritmo con la petición de mano. El joven acude a la casa de su novia a pedir a su familia – al padre – la mano de la amada. ¿Para qué pide esa mano? Para unirla a la suya, trabajar con ella, y conducirla hasta Dios. En la mano está significada toda la persona. Lo que está anunciado en esa celebración se cumple el día de la boda. Junto antes del momento central del matrimonio – el consentimiento –, el sacerdote les pedirá: “Unid vuestras manos”. Y se transformarán en esposos con las manos unidas. Por eso, en el siglo XVI, se llamaba a los casados “aquellos que han unido sus manos” (*Hand-fasted persons*). Dar la mano es lo propio del matrimonio. Ya no actúa un individuo aislado: el amor genera una obra común que rechaza vivir en paralelo. Sin prácticas, sin obras comunes, el amor sponsal no puede durar.

Ahora podemos entender la equivocación de la separación entre la fe y las obras. La fe, encuentro con el amor de Dios revelado en Jesús, transforma la existencia. Así como el afecto de los novios ha generado un nuevo vivir, así también la fe es una vida, una obra, una respuesta al toque delicado de Dios. Por eso, sin práctica no hay fe. Las obras no son meras consecuencias de la fe, sino que pertenecen al mismo ser de la fe, a su misma esencia.

Cuando oímos que alguien nos dice: “Creo pero no practico”, nos encontramos ante una fe enferma, moribunda o ya muerta: es una fe que nos suplica: “Explicame tu fe, porque la mía no mueve ni ilusiona mi vida, y por eso se apaga”. La fe es como un ser vivo, que actúa de forma necesaria. Si queremos conocer un animal, por ejemplo el águila, aprenderemos bien poco visitando el museo de ciencias naturales: veremos águilas disecadas, su esqueleto, su plumaje... Tampoco nos servirá de mucho analizar un ejemplar muerto recientemente, un cadáver. Lo mejor será buscar al águila viva, atravesar los campos y, con paciencia, verla en su hábitat, en libertad. Lo mismo ocurre con la fe: si la pensamos “sin obras”, sin prácticas, estamos ante una fe cadavérica: una mera doctrina teórica, una serie de normas... (cf. St 2, 17). La fe manca es a la fe verdadera lo que un pájaro disecado es a un águila en vuelo.

Pero, por supuesto, lo que hemos señalado del “cristiano no practicante”, vale de modo especial para la familia. Cuando Dios toca al hombre por la fe, lo toca en su corazón, es decir, en todas sus relaciones personales, en su familia. ¡La fe marca de forma decisiva nuestra relación de esposos, padres, hijos, hermanos...! No es lo mismo una relación con mis hijos o con mi esposa, si Dios me está tocando y mirando, que si vivo “como si Dios no existiera”. Por eso, hablar de “familia cristiana practicante” es una redundancia: si es cristiana necesariamente practicará su fe. No existe fe viva sin práctica. La “familia cristiana no practicante” es como un hierro de madera: o no es cristiana, o dejará de serlo en unos años, si no comienza o vuelve a practicar.

e. Conclusión

Tener manos es algo exclusivo del hombre. Ni los animales ni los ángeles gozan de ellas. Dios nos ha dado manos para que, dejándonos tocar por él, colaboremos con su obra, hasta llegar a

darle la mano en el cielo. Así lo resumía el cardenal Tonini cuando le preguntaron: “¿Qué es lo que más desea en esta vida, cuál es el objetivo de sus obras?” No lo dudó: “Llegar a darle un día la mano a Dios”. Y al preguntarle la periodista (Paloma Gómez Borrero) de dónde le venía una fe tan grande, respondió: “Lo aprendí en los ojos de mi madre”. Tenemos manos para dárselas a Dios, para crecer en amistad con Él.

Pero podemos todavía pensar en algo más grande. Al final de nuestra vida, no solo daremos la mano a Dios, sellando nuestra amistad. Cuando lleguemos ante Él, iremos acompañados: llevaremos también a nuestro cónyuge (y a nuestros padres, hermanos, hijos y amigos) al encuentro con Él. *Condúcelo hasta las manos de Dios*. Esta es la misión del esposo, cumplida ya en el caso del viudo. Este puede transformar la plegaria de Jesús y decir: “Padre, a tus manos encomiendo *su espíritu*”. *Los insensatos pensaban que habían muerto, y consideraban su tránsito como una desgracia, pero ellos están en paz: la vida de los justos está en manos de Dios* (cf. Sb 3,1-3).

- Tres preguntas para el coloquio

1. ¿Cómo nos toca Dios? Nos resulta fácil percibir su tacto delicado y suave, pero, ¿qué ocurre cuando emplea su “mano izquierda”? ¿Qué práctica familiar podría ayudarme a percibir el “toque delicado” divino?

2. La fe nos da tacto y nos permite superar el “cortoplacismo” contemporáneo y la visión común de los “padres-niñera”. ¿Cómo puede ayudarnos *Familias de Betania*, familia de familias, como antídoto a esa visión corta del tiempo?

3. Las obras de la familia cristiana. ¿Qué significa “practicar nuestra fe”? Por supuesto, vamos a Misa el domingo y las fiestas de guardar. Pero, ¿basta con eso para que nuestra fe – y la de nuestros hijos – resista las tempestades y crezca robusta?

- Compromiso de equipo

Familiar: Vivir durante el verano una práctica (al menos) semanal de oración en familia: puede ser el rosario, lectura del evangelio, ronda de peticiones.

Del equipo:

- Próximos eventos de Familias de Betania:

Convivencias de inicio de curso

- Para los interesados en más:

J. GRANADOS, “Anatomía del corazón cristiano”, *El corazón, urdimbre y trama*, Didaskalos, Burgos 2011, 33-64.

BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2013*: “Crear en la caridad suscita caridad”

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/lent/documents/hf_ben-xvi_mes_20121015_lent-2013_sp.html.

BENEDICTO XVI, *Ángelus*, 13 de septiembre de 2009:

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/angelus/2009/documents/hf_ben-xvi_ang_20090913_sp.html

- Intenciones del Santo Padre para el mes de junio:

General: Que prevalezca entre los pueblos una cultura de diálogo, escucha y respeto mutuo.

Misionera: Que allí donde más se nota la influencia de la secularización, las comunidades cristianas puedan promover con eficacia una nueva evangelización.

- Intenciones para el verano:

Julio:

General: Que la Jornada Mundial de la Juventud en Brasil anime a todos los jóvenes cristianos a hacerse discípulos y misioneros del Evangelio.

Misionera: Que en toda Asia se abran las puertas a los mensajeros del Evangelio.

Agosto:

General: Que padres y educadores ayuden a las nuevas generaciones a crecer con una conciencia recta y en una vida coherente.

Misionera: Que las Iglesias locales en África, fieles al Evangelio, promuevan la construcción de la paz y la justicia.